

El primer socialismo en Europa y Latinoamérica

Por Enrique Semo.

La Revolución francesa permitió a la “cuestión social” ingresar al imaginario político. En adelante, contrariando a Hannah Arendt, la libertad abdicó “ante el imperio de la necesidad” en prácticamente todo el horizonte revolucionario¹. Cuando lo “social” invadía la esfera política con los *sans-culottes* parisinos, y la Revolución industrial arrojaba del mercado de trabajo a tejedores y otros artesanos calificados en Lancashire proporcionando el combustible de la rebelión luddita, la filosofía moral y la economía política reflexionaron acerca de las causas de la pobreza moderna, esa hija no deseada del progreso ilustrado. Comenzó a hablarse de clases sociales, o en palabras de Goethe, de “masas que recíprocamente se enfrentan en el mundo”, en una discordia permanente que Michelet trataría de solucionar. Rousseau adelantó que la conducta virtuosa debería expresarse en el consumo moderado tanto de los recursos naturales como de los frutos del trabajo, pues la opulencia de pocos descansaba en la miseria de muchos².

Mientras Adam Smith notó una “disposición a admirar y casi idolatrar a los ricos y poderosos, y a despreciar o como mínimo ignorar a las personas pobres y de modesta condición”, para el joven Engels la clase industrial, “que se enriquece directamente de la miseria de los trabajadores, no quiere saber nada de esta miseria”. Condorcet y Paine idearon mecanismos redistributivos —la educación pública y la seguridad social— para reducir la brecha entre las clases. Smith estaba cierto de que los buenos salarios elevaban la productividad de la mano de obra, en tanto que Malthus veía en ellos la fuente del desempleo en la medida en que el capital destinado al fondo salarial no crecía al ritmo de la

1 Arendt, *Sobre la revolución*, p. 81. Entre otras cosas, un conocido historiador le criticó que “no se toma las revoluciones tal como vienen, sino que se construye para sí un tipo ideal de las mismas y define el objeto de estudio en función de aquél, y excluyendo lo que no cuadra”. Hobsbawm, *Revolucionarios*, p. 285.

2 Woolf, *Los pobres en la Europa moderna*, p. 54; Himmelfarb, *La idea de la pobreza*, p. 37; Díez, *El trabajo transfigurado*, p. 19; Williams, *Cultura y sociedad*, p. 14; Goethe, *Las afinidades electivas*, p. 110; Michelet, *El pueblo*, pp. 33 y ss.; Wilson, *Hacia la estación de Finlandia*, pp. 42-43; Rousseau, *Julia, o la nueva Eloísa*, pp. 488-489; Priestland, *Bandera roja*, pp. 27-28; Santiago, “Ciudadanos felices, la utopía social de Rousseau”, p. 230; “En el lenguaje de Rousseau, los instintos primitivos del amor a uno mismo (*amour de soi*) y la compasión (*pitié*) se funden en el ser humano racional y virtuoso en un amor hacia el bien común, que en el contexto político se conoce como voluntad general”. Taylor, *Imaginario social moderno*, p. 142. Sin embargo, la virtud no es ya la preocupación principal del individuo moderno, lo que desea éste “es darle el sentido a la vida mediante la libertad”. Heller, *Teoría de la Historia*, p. 70.

población, es así que dentro de su sombría teorización la precariedad era el destino ineludible de los trabajadores manuales³.

En 1831 Pierre Leroux nombró socialismo a la doctrina que encontró la razón de la pobreza en la imperfección de las instituciones, desechando la convicción de la filosofía moral que endosaba los problemas sociales a la naturaleza humana. Saint-Simon sostenía que aquéllas, dirigidas por las clases ilustradas, deberían estar al servicio de la “clase más pobre y numerosa”. Incluso el carácter se podía moldear con el concurso de una educación racional y humanista que fomentara la cooperación y evitara la competencia desleal, promoviendo simultáneamente la felicidad individual y colectiva. Para acabar con la miseria, Fourier diseñó un sistema de atracción industrial donde el trabajo incorporaba elementos lúdicos de manera tal que la holgazanería no fuera más placentera que éste. Owen trató de prevenir las crisis económicas y el desempleo (atribuibles para él a la reducción de la demanda de bienes) manteniendo los salarios altos. Y Proudhon, intentó disolver el gobierno en la organización económica de la sociedad, apostando al banco del pueblo la solución de la cuestión social⁴.

El primer socialismo concedía la mayor importancia al trabajo, la asociación, el poder decisorio de la sociedad y el convencimiento como método de acción. Una sociedad autorregulada compuesta por individuos libremente asociados, la justicia distributiva, la igualdad de género y racial, la armonía del hombre con la naturaleza y el progreso como fin de la especie, constituían los fundamentos de la sociedad ideal que el socialismo trató de construir. Para promover la regeneración social consideraba indispensable la asociación, la conformación más racional y organizada de la vida colectiva. Ésta iba desde reunir a los factores de la producción hasta agrupar a los trabajadores en defensa de sus intereses, abarcaba también la producción y el consumo, ponderando la solidaridad sobre la competencia. Creía factible la concordia entre las clases productivas, en virtud de que el conflicto fundamental era de éstas con la aristocracia, la Iglesia y los capitalistas. Otros de

3 Smith, *La teoría de los sentimientos morales*, p. 136; Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, p. 52; Williams, *La larga revolución*, p. 114; Stedman Jones, *An end to poverty?*, pp. 20 y ss.; Himmelfarb, *La idea de la pobreza*, p. 66; Díez, *El trabajo transfigurado*, pp. 26, 30; Hobsbawm, *Trabajadores*, p. 122.

4 Berlin, *Karl Marx*, pp. 94-95; Wilson, *Hacia la estación de Finlandia*, p. 106; Williams, *Cultura y sociedad*, p. 37; Cole, *Historia del pensamiento socialista*, I, p. 95; Fourier, *El nuevo mundo industrial y societario*, p. 39; Saville, “Introduction”, p. xiii; Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, II, p. 422; Cuvillier, *Proudhon*, pp. 45, 76. Se cita el primero.

sus rasgos fueron tanto la desconfianza hacia la política, entendida como actividad profesional encomendada a una casta o clase parasitaria, como la tentativa de que la esfera económico-social recuperara el poder de decisión sobre lo público. No pretendía obviamente regresar al hipotético estado de naturaleza concebido por la filosofía moral del siglo XVII, antes bien pugnaba por separar el poder de la política, redistribuyéndolo capilarmente en toda la sociedad⁵.

Suele asociarse al primer socialismo con economías donde predomina el artesanado y el campesino independiente, es así que se le considera la respuesta de los pequeños productores a la amenaza de la gran industria: Poudhon acreditaría esta hipótesis. De esta manera, aquél sería la ideología de los albores del movimiento obrero, en tanto que la socialdemocracia y el comunismo corresponderían a la época de su expansión, quedando el anarquismo circunscrito a los países de la periferia europea, con escasa industrialización, amplia base agraria, Estados autoritarios y represión política. Las revoluciones de 1848 extendieron el alcance geográfico del socialismo romántico haciéndole replantearse también el tema de la acción política, mientras Marx y Engels atravesaban Europa convocando a la destrucción del antiguo régimen, para pronto convencerse de que a la revolución burguesa debería seguirle en una solución de continuidad otra de carácter proletario. En la década de 1860, la lucha de los socialistas se ligó en los países desarrollados con el sindicalismo y la política parlamentaria⁶.

Tras las revoluciones románticas el socialismo se extendió en Latinoamérica gracias a la emergencia de la prensa obrera y la emigración extranjera. Entre 1845 y 1846 los liberales chilenos editaron *El Artesano Opositor*, mientras Santiago Ramos hacía lo propio con *El Pueblo* (1846), y a partir de 1850 circuló *El Amigo del Pueblo*. Durante la década de 1850 apareció en Bolivia *El Artesano de La Paz*, en tanto que los diarios informaban acerca de las revoluciones europeas, el liberalismo, el socialismo y el comunismo. Desde 1866 el artesanado bogotano publicó *La Alianza*. Los impresores mexicanos Juan de Mata Rivera y Francisco de Paula González editaron *El Socialista*, en 1871; José Muñúzuri, *El Hijo del Trabajo* (1876); Francisco Zalacosta, *La Internacional* (1878); Alberto Santa Fe, *La*

⁵ Ionescu, *El pensamiento político de Saint-Simon*, p. 45. Una vez superada la sociedad de clases, “el poder público perderá su carácter político”. Marx y Engels, *Manifiesto comunista*, p. 67.

⁶ Chambost, *Proudhon*, p. 43; Eley, *Un mundo que ganar*, p. 34; Hunt, *El gentlemen comunista*, p. 153.

Revolución Social (1878); y Juan O. Orellana, *La Reforma Social* (1881). También circularon en el subcontinente compendios como los *Études sur les réformateurs ou socialistas modernes* (1840), de Louis Reybaud, la *Histoire des idées sociales avant la Révolution française, ou les socialistes modernes devancés et dépassés par les anciens penseurs et philosophes avec textes à l'appui* (1846), del furierista François Villegardelle, la *Philosophie du socialismo ou étude sur les transformations dans le monde et l'humanité* (1850), de Ange Guépin, el *Essai sur le catholicisme, le libéralisme et le socialisme* (1851), editado en francés y castellano por el español Juan Donoso Cortés, el *Análisis del socialismo y exposición clara, metódica e imparcial de los principales socialistas antiguos y modernos y con especialidad de los San Simon, Fourier, Owen, P. Leroux y Proudhon, según los mejores autores que han tratado esta materia como Reybaud, Guépin y Villegardelle, etcétera* (1852), impreso en Bogotá por un autor anónimo⁷.

Aunque el socialismo dice carecer de patria, de tener alguna esa sería Francia, cuando menos hasta antes de la consolidación de la socialdemocracia en el centro y norte de Europa, y del comunismo marxista con la Revolución de Octubre. Prácticamente el cooperativismo owenita y el socialismo campesino de Herzen fueron los únicos acompañantes del primer socialismo francés; los demás, en todo caso, experimentaron su influencia. De Rusia a Brasil, de España a los Estados Unidos y de México a Bolivia, en algún momento se habló de Fourier, Lamennais, Proudhon y Blanqui, publicándose algunas de sus obras o compendios de sus ideas. La Comuna de París impactó a todos, pero no todos extrajeron conclusiones similares. No obstante que abrevaron en la misma fuente, cada socialismo presentó rasgos propios, pues cada uno tuvo que adaptarse a medios distintos y a rivales diferentes o de fuerza dispar, cada experiencia fue singular.

Michel Cordillot presenta el complejo tejido de lo que hoy conocemos como socialismo romántico, para entonces diferenciado claramente entre un comunismo colectivista y un socialismo contrario al individualismo y el egoísmo liberal, cada uno lleno de matices y tendencias variadas. El conde de Saint-Simon dio primacía a la técnica para potenciar el desarrollo industrial, en tanto que Fourier privilegió las relaciones humanas, Proudhon los

⁷ Rama, *Utopismo socialista*, pp. xlvii y ss.; Abramson, *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*, pp. 186, 133-134.

mecanismos de financiamiento que hicieran posible una sociedad armónica e igualitaria, Lamennais tanto la libertad religiosa como la extensión de los derechos políticos a las clases populares a fin de alcanzar mediante la democracia la emancipación económica y social, Blanqui la estrategia insurreccional para la toma del poder político por parte de un grupo disciplinado y compacto, Buchez el cooperativismo. Y Flora Tristan el estrecho vínculo entre la opresión de la clase trabajadora y la del sexo femenino.

Desde 1827, los sansimonianos comenzaron a llamar iglesia a lo que anteriormente concebían como escuela, integrando “la familia”, que se reunía tres veces por semana en el hotel de Gesvres, en la calle Monsigny, además de ofrecer conferencias los domingos en la plaza de la Sorbonne e intentar extenderse fuera de la capital francesa. La iglesia sansimoniana tenía liturgia, himno y ceremonial propios, además de proyectar un “libro nuevo”, esto es, su propia biblia. Como símbolo de fraternidad e interdependencia, la feligresía vestía una camisola que se abotonaba por detrás, obligando a auxiliarse de otro al colocarse la prenda. El líder de la secta era Prosper Enfantin. Esta fraternidad adoraba a un mesías femenino (escindida en 1831 por ese culto y por la apología del amor libre del grupo de Armand Bazard, el otro padre supremo). El sesgo místico de Enfantin provocó que muchos abandonaran el grupo, entre ellos Leroux, quien veía la necesidad de predicar un “dogma social” que iluminara las conciencias, el cual, como veremos más adelante tendría eco en el Río de la Plata. Leroux pugnó también por una democracia humanitaria que extendiera las libertades ciudadanas a los trabajadores⁸.

Los cuarentaiochistas destacaron el asociacionismo, la ayuda mutua, la solidaridad fraternal, el sufragio universal y la igualdad sustentada en la libertad. Louis Blanc y Victor Considerant prometían la educación libre y laica, créditos baratos para formar cooperativas de producción y consumo, impuestos progresivos, derechos laborales y jornada de diez horas, nacionalización de minas y ferrocarriles, así como liquidar el “feudalismo financiero”. De las jornadas de junio, Considerant concluyó que la revolución debería ser política, social y pacífica, rompiendo con el apoliticismo de su maestro Fourier. En el mismo sentido se manifestaron Lamennais y Leroux, miembros también del Constituyente de 1848. Mientras que Proudhon, quien corrigió las pruebas de *El Nuevo mundo industrial*

⁸ Pétré-Grenouilleau, *Saint-Simon*, pp. 395 y ss.; Bénichou, *El tiempo de los profetas*, pp. 264, 283, 318.

y *societario* (1829) de Fourier, tuvo un papel bastante discreto en la asamblea nacional, que no pasó de señalar la oposición de clases y de abstenerse en la votación acerca de la incorporación del derecho al trabajo dentro del texto constitucional⁹.

Ya en los '30 se constituyeron en Andalucía los primeros grupos de seguidores de Fourier, teniendo a la cabeza a Joaquín Abreu y Orta, quien lo conoció a él y a Considerant en 1833. Dos años después, con el pseudónimo de “proletario”, publicaba sus primeros artículos políticos en el periódico algecireño *El Grito de Cadereyta*. En la siguiente década, Manuel Sagrario de Veloy elaboró planes y experimentos societarios en Jerez (1842) y Cartagena (1844); en la misma línea Sixto Cámara publica *Espíritu moderno* y *La cuestión social* (1848), además de traducirse parte de la obra de Fourier, Cabet, Lamennais, Proudhon y textos alusivos a ellos. Fernando Garrido y Federico Carlos Beltrán del Rey entraron en contacto con Abreu y con la escuela societaria francesa, al tiempo que tanto el cabetismo, de Narciso Monturiol, como el sansimonismo, con Pedro Felipe Monlau, cobraban relevancia en Cataluña¹⁰.

Abreu y Garrido expurgaron las fantasías de la doctrina de Fourier para formular una propuesta política creíble y difundirla a un público más amplio. Abreu separó la ciencia social, que conducía a la armonía, de la cosmogonía furierista, para eludir la reacción católica. Garrido, por su parte, le sumó elementos de Owen y Proudhon, de manera tal que dividió la historia en cuatro etapas que conducían hacia el perfeccionamiento moral de la humanidad (esclavitud, servidumbre, proletariado y fase societaria). En esta última, todos los trabajadores serían propietarios por medio de la asociación¹¹.

Gloria Espigado distingue dos etapas dentro del socialismo romántico español similares a las del socialismo francés: la primera, de la que brevemente acabamos de hablar, y cuyo punto de quiebre son las revoluciones románticas donde se replanteó la intervención en la esfera política –recusada sobre todo por Fourier- a fin de alcanzar la república democrática

9 Chambost, *Proudhon*, p. 40; Magraw, “The Second Republic and French ‘Republican Socialismo’: 1848-1851”, p. 27; Vernus, *Victor Considerant 1808-1893*, p. 132; Cole, *Historia del pensamiento socialista*, I, p. 199; Cuvillier, *Proudhon*, pp. 35, 37.

10 Lida, *Anarquismo y revolución en la España del siglo XIX*, pp. 23 y ss.; Elorza, *El furierismo en España*, p. xviii; Cabral Chamorro, *Socialismo utópico y revolución burguesa*, pp. 49 y ss.; Aja, *Democracia y socialismo en el siglo XIX español*, p. 15; Maluquer de Motes, *El socialismo en España, 1833-1868*, pp. 170-171.

11 Elorza, *El furierismo en España*, pp. lvii-lviii; Aja, *Democracia y socialismo en el siglo XIX español*, p. 38; Zavala, *Románticos y socialistas*, p. 154.

y social. Considerant, lo hace en el país galo, Garrido y otros más en España. Esto marcará un contraste con respecto de los países latinoamericanos que, a excepción de Brasil, tuvieron un contacto más tardío con el primer socialismo y, por otra parte, sus militantes fueron reacios a la participación política, cediendo el espacio a liberales y conservadores.

El partido demócrata arrojó al primer socialismo ibérico, mientras la asociación cooperativa de producción y consumo, fortalecedora de los principios solidarios a expensas del individualismo burgués, devino en el modelo idóneo para la emancipación de los trabajadores. En los clubes políticos republicanos, permitidos por la constitución liberal de 1869, germinó también el primer feminismo español con la fundación en Madrid de la Asociación Republicana de Mujeres presidida por Carmen Munté, seguido en Cádiz por el Club Republicano “Mariana Pineda”. *El problema de la miseria resuelto por la armonía de los intereses humanos* (1884), de Ramón de Cala y Barca, fue el último producto del furierismo andaluz, apenas liquidada la Mano Negra en la comarca jerezana. Cala trató de sentar las bases de una sociedad armónica donde existiera el pleno empleo y las hambrunas fueran superadas definitivamente. Antes bien, sería necesario acabar con el empresariado, que los trabajadores tomaran el control de la producción y desapareciera la propiedad privada. En esta nueva perspectiva redefinió el falansterio, solución única a la problemática agraria¹².

Alexander Shubin encuentra los primeros eslabones de la tradición socialista en Rusia en la década de 1830, la cual evolucionará a lo largo del siglo desde el primer socialismo hasta el anarquismo y el comunismo. Lejos de ser una historia canónica, Shubin muestra, como antes lo hizo Cordillot para Francia, el complejo proceso de decantación de las ideas sociales y de diferenciación de las corrientes políticas, cobijadas durante un buen rato por el manto populista. Aunque en principio la intelectualidad moscovita y peterburguesa siguió a Fourier y a Proudhon, más adelante realizó aportaciones originales y significativas con Nicolái Ogarev, Alexander Herzen, Nicolái Chernyshevski y Mikhail Bakunin, quienes teorizaron acerca de la organización, la relación de los intelectuales con las masas populares, la autogestión y el estatismo, y la violencia y el poder, ofreciendo el cuerpo de ideas más acabado de la época con respecto de la revolución agraria, en buena medida la contraparte de la revolución proletaria prevista por Marx.

¹² Elorza, *El furierismo en España*, pp. cxxxiii y ss.

Tierra y Libertad [*Zemlia i volia*, 1861-1864], reorganizada en 1876, adoptó una perspectiva revolucionaria y empleó la violencia como instrumento para transformar las relaciones sociales en el campo, objeto del socialismo de Herzen. Los populistas no podían esperar –con Marx– a que madurara el capitalismo en el mundo agrario; siguiendo tanto a Herzen como a Chernyshevski, consideraba la posibilidad de saltar del escalón más bajo al más alto del desarrollo, de “quemar” etapas de la evolución histórica de los pueblos. La ruptura con el apoliticismo del primer socialismo, y anarquista después, subyacente en la ideología populista, condujo al segmento mayoritario de la agrupación a la intervención política, entendida ésta como instrumento de presión hacia la autocracia, mientras otra decidió mantener la línea de la revolución agraria, verificándose la escisión en el congreso de San Petersburgo de agosto de 1879 entre *La Voluntad del Pueblo* [*Narodnia volia*] y el *Reparto Negro* [*Chorny Peredel*]. En este último, en 1883, germinaría el primer grupo marxista (*Emancipación del Trabajo*)¹³.

Si bien reivindicó el recurso del terror y la estrategia insurreccional, *Narodnia volia* desechó la concepción bakuninista acerca de la espontaneidad de las masas y su disposición natural a la revolución, comenzándose a abrir paso –con Auguste Blanqui-- la tesis de la organización partidaria como agente activo del cambio social e instancia de articulación de un mundo campesino fragmentado y disperso. Asimismo, la conquista de las libertades democráticas, arrancadas por la fuerza a la autocracia, ofrecería el terreno propicio para la educación del pueblo en el ideal socialista. Según los miembros de *Narodnia Volia* “la base del nuevo orden social y estatal sería la propiedad colectiva de la tierra y de los instrumentos del trabajo... [y] la distribución de los productos del trabajo debía hacerse según las necesidades de los productores”, además de que el Estado fusionaría el Ejecutivo y el Legislativo en una asamblea de representantes, reorganizándose como una federación de comunas autogestivas con derechos iguales a cada una de ellas, de manera tal que “el socialismo realizaría la esperanza de crear el Estado ideal del pueblo”¹⁴.

De acuerdo con Charles Taylor, el servicio mutuo pauta la organización del mundo moderno, erigiendo a la seguridad y la prosperidad como valores supremos de la vida

13 Alpen Engel y Rosenthal, *Cinco mujeres contra el zar*, pp. 30-31.

14 Aleksandrovna Tvardovskaia, *El populismo ruso*, pp. 112, 182.

comunitaria. El uno protege la vida y las propiedades de las personas, en tanto que el otro posibilita el intercambio económico. Para Proudhon, ambos fines los sintetizaba el mutualismo, esto es, un pacto o contrato asociativo que articula a la sociedad con base en el trabajo corresponsabilizando a todos de su óptimo funcionamiento. “Un sistema de equilibrio entre fuerzas libres”, fue la definición que ofreció de la reciprocidad de servicios en que se basaba¹⁵.

La sociedad de socorros mutuos fue una entre muchas posibilidades ofrecidas por este sistema, siendo la opción mayormente adoptada por el artesanado urbano en Europa y Latinoamérica. La incipiente industrialización así como la cancelación del régimen gremial tras las independencias, influyó en su adopción. El liberalismo acabó con los gremios artesanales en España pero permitió el asociacionismo mutualista, que despegó en hacia 1840 en el ramo textil de Barcelona, y poco después, en Andalucía. Con el objetivo limitado de auxiliarse en caso de enfermedad y apoyar a sus familias en caso de muerte, se formaron la Sociedad de Artesanos de Bogotá (1847), la Sociedad de los Artesanos de la Paz (1852), la Sociedad Tipográfica de Santiago (1853), la Sociedad Particular de Socorros Mutuos (1853) de la ciudad de México, y la Sociedad de Socorros Mutuos de Honrados Artesanos y Jornaleros la “Divina Pastora” (1857), de La Habana, que sólo admitía artesanos blancos. En 1862 se fundó la Sociedad de Artesanos “La Unión” de Santiago, que agrupaba a trabajadores de distintos oficios de la capital chilena, y, diez años adelante, nació la organización nacional de trabajadores nombrada El Gran Círculo de Obreros de México. El espacio político tensó las organizaciones cuando se presentó la ocasión de intervenir en él, así ocurrió en los congresos obreros de 1876 y 1879-1880¹⁶.

Los estudios acerca del artesanado latinoamericano del siglo antepasado muestran el vínculo entre la acción colectiva y la política económica de los Estados nacionales en formación. Con las independencias, la libertad a los trabajadores para ejercer sus industrias no vino aparejada de la protección que tenía la producción gremial. El motín del Parían de 1828 en la ciudad de México, avisó del peligro librecambista dentro del ramo textil al

15 Taylor, *Imaginario sociales modernos*, p. 26; Chambost, *Proudhon*, pp. 43-44; Cit. Cuvillier, *Proudhon*, p. 198.

16 Sowell, *Artesanos y política en Bogotá*, p. 80; Schelchkov, *La utopía conservadora en Bolivia*, p. 187; Gerz Toso, “De la “regeneración del pueblo” a la huelga general”, pp. 378, 387; Illades, *Hacia la república del trabajo*, pp. 103 y ss.; Casanovas Codina, *¡O pan, o plomo!*, p. 80.

movilizar a una muchedumbre de cinco mil personas que atacó el lujoso centro comercial, en tanto el triunfo liberal en la Guerra de Tres Años reanimó el conflicto del artesanado con el librecambio cuando, en noviembre de 1861, alrededor de “dos mil artesanos y algunas mujeres” marcharon por el centro de la ciudad exigiendo “protección a la industria nacional, [y] protección al trabajo”. El artesanado bogotano se movilizó en favor de la candidatura liberal para frenar la ley de 1847, que reducía los derechos de importación de algunas mercancías extranjeras. Hacia finales de 1858, los carpinteros limeños atacaron en El Callao un cargamento de puertas, cerraduras, ventanas y cancelería procedente de los Estados Unidos, porque competía ventajosamente con sus productos¹⁷.

En Bolivia –nos dice Andrey Schelchkov-- el artesanado conformó la clientela de gobiernos que adoptaron políticas proteccionistas: tal fue el caso de la “revolución moral” que inspiró el régimen de Isidro Manuel Belzu, quien poseía un repertorio ideológico que iba de Proudhon al republicanismo y el socialismo cristiano. Apoyado por artesanos y cascarilleros de quina, hizo del enfrentamiento entre un pueblo idealizado y las clases privilegiadas el foco de un discurso político enardecido. Este fue también en el trasfondo de las cambiantes alianzas políticas de un artesanado bogotano poco receptivo al socialismo, si bien el federalismo y de las tesis sociales del socialista de Besançon tuvieron cierta influencia dentro del círculo liberal¹⁸.

La historiografía reciente da cuenta de un liberalismo exitoso en América Latina y destaca la centralidad que tuvo en la formación del orden político, reconociendo también la singularidad que ofreció en cada país¹⁹. En la Argentina el liberalismo no tuvo que enfrentar el peso de las instituciones coloniales, y más que nada fue socavado desde su interior. En cambio en Chile, la fuerza de sus adversarios incentivó su consolidación. Sin embargo, el temor a las masas populares y el catolicismo como religión oficial -pero al mismo tiempo la secularización de la vida pública- le imprimieron un matiz conservador. Distinto fue el caso de la monarquía brasileña, donde la competencia política ocurrió entre partidos liberales en el marco de un Estado autoritario y centralizado, capaz de mantener el orden social y la

17 Arrom, “Protesta popular en la ciudad de México”, p. 83; Cit. Teitelbaum, “Asociación y protesta de los artesanos al despuntar la década de 1860” (en prensa); Quiroz Chueca, *La protesta de los artesanos Lima-Callao 1858*, p. 95.

18 Schelchkov, *La utopía conservadora en Bolivia*, p. 76; Sowell, *Artesanos y política en Bogotá*, pp. 241-242; Posada Carbó, “La tradición liberal colombiana del siglo XIX”, p. 163.

19 Me refiero a Jaksic y Posada Carbó, *Liberalismo y poder*, 2011.

unidad nacional. Y, en México, el liberalismo logró la hegemonía política tras derrotar al adversario conservador durante la guerra civil.

Mientras el primer socialismo europeo rompió con el apoliticismo a partir de las revoluciones románticas, salvo en Chile, el latinoamericano no lo hizo, endosando su representación en el espacio público a liberales y conservadores, o sustituyéndola por la interlocución directa entre caudillos y masas populares, un dato a considerar en la política latinoamericana decimonónica, movida más por acuerdos coyunturales que por ideologías estructuradas²⁰. Al estar en manos de una casta parasitaria, este socialismo consideró a la política un elemento disruptivo y no un factor de cohesión, optando por promover modelos asociativos dentro del ámbito económico-social, y municipales, en el marco republicano.

Tal vez por ese rechazo hacia la política, el artesanado colombiano promovió sus demandas a través de las sociedades democráticas vinculadas con los partidos tradicionales. Gilberto Loaiza presenta el surgimiento de una cultura republicana dentro del artesanado -ligada con la lectura, el debate racional, el estudio y una intelectualidad propia-, que acompañó su irrupción en la política, fuera en las elecciones o bien en las guerras civiles. Este puente entre sociedad civil y acción política estuvo bloqueado para las clases populares cruceñas como sugiere Schelchkov en el capítulo sobre Bolivia. La Revolución de la Igualdad (1876-1877), apuntalada por el artesanado, se topó con la intransigencia de la élite regional para quien resultaban inconcebibles las pretensiones niveladoras de la “chusma” movilizada. Desafío semejante experimentaron los igualitarios chilenos, con el saldo a favor de una sociedad civil organizada y adiestrada en el debate público, lo que contribuiría a la formación de su sistema político moderno.

El socialismo latinoamericano convergió con los movimientos sociales y las movilizaciones políticas, logrando sobrevivir también en la autarquía; germinó en el espacio urbano, pero logró adaptarse al campo. El artesanado paceño, dominado por panaderos y carniceros, dijimos, conformó una porción significativa de la base social del belcismo, en tanto que la propiedad agraria indígena sufrió el asedio tanto de la modernización liberal como de la expansión de la propiedad terrateniente. Por su parte, el socialismo mexicano vio en el municipalismo el fundamento de un nuevo orden político reconfigurado. En las ciudades

20 Arrom, “La política popular en las ciudades latinoamericanas antes de la era populista”, p. 21.

más pobladas, Guadalajara y la capital federal, había una presencia artesana y, en ambas, crecieron los primeros grupos socialistas en el país. Asimismo, un campesinado que se resistía a perder la independencia que les confería la propiedad comunal de la tierra, o que trataba de revertir su apropiación por parte de las haciendas, fue receptivo al influjo socialista proveniente de la ciudad, tal como muestran las rebeliones del valle de Chalco (1868), acaudillada por Julio López, y la de los Pueblos Unidos de la Sierra Gorda (1879-1881), con un liderazgo menos explícito.

El peruano Juan Bustamante postuló un credo igualitario que incluía a los indígenas. La Sociedad Republicana de Bogotá, de José María Samper, seguía a Leroux, Buchez y Blanqui, al tiempo la Sociedad Democrática de Cartagena acostumbraba leer en sus sesiones extractos de las *Palabra de un creyente* (1834) de Lamennais. La *Teoría social* (1855), del colombiano Manuel María Madieto, intentó promover la participación popular en la vida republicana; para 1863, en *La ciencia social o el socialismo filosófico: derivación de las armonías del cristianismo*, ofreció la perspectiva de un Estado basado en la justicia y la armonía social. El sansimoniano Francisco Bilbao publicó en 1844 *La sociabilidad chilena*, en Valparaíso circuló la edición castellana de *El socialismo. Derecho al trabajo* de Blanc y en Concepción *El libro del pueblo* de Lamennais, a la vez que *El Amigo del Pueblo*, órgano de prensa de la Sociedad de la Igualdad, dio a conocer algunas páginas de las *Palabras de un creyente*. Inspirado en el clérigo francés, el argentino Esteban Echeverría publicó en 1846 en Montevideo su *Dogma socialista* y José Ignacio Abreu e Lima escribió *O Socialismo* (1855)²¹.

A Casimiro Corral correspondería realizar una exposición coherente la doctrina socialista en Bolivia, en igual manera que Madieto lo haría para Colombia, Bilbao en Chile, Rhodakanaty en México, Mure en Brasil y Echeverría en Argentina. Influido por el republicanismo y el social-cristianismo de Lamennais, el único intelectual que dio el socialismo boliviano, admitió en *La doctrina del pueblo* el derecho de éste a revelarse en contra de los abusos del poder. Con el cuarentaiochismo europeo, postuló la república democrático-social, basada en la asociación libre de los individuos, la abolición de los privilegios y la fraternidad de los pueblos. Apoyado por el artesanado de La Paz, hacia

21 Abramson, *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*, pp. 133-134; Melgar Bao, *El movimiento obrero latinoamericano*, I, pp. 46 y ss.; Sowell, *Artisanos y política en Bogotá*, p. 150.

1875 encabezó un movimiento popular que reivindicaba la autonomía municipal y la autogestión ciudadana. A pesar de su escasa sofisticación intelectual, en contraste por ejemplo con el rioplatense, o más bien gracias a ello, el socialismo boliviano parece haber sido el que tuvo un contenido clasista más fuerte, como intentando sobreponerse a la fragmentación nacional, y configurando lo que el historiador noruego George Rudé denominó “ideas derivadas”, esto es, cuando las creencias espontáneas de los actores sociales se articulan con los planteamientos elaborados por grupos letrados dando lugar a la ideología popular²².

Vertiente del romanticismo literario de la generación de 1837 -destaca Fabio Wasserman-, la Asociación de la Joven Generación Argentina no parece haber registrado esta fusión entre las ideas espontáneas y el pensamiento sistemático, organizándose como una sociedad secreta bajo la batuta del escritor Esteban Echeverría. Con ecos de Saint-Simon y Lamennais, el *Código o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina*, publicado en 1839 por Juan Bautista Alberdi en el periódico *El Iniciador* de Montevideo, propuso sentar las bases de una nación reconstruida por “la razón del pueblo”. Sin embargo, tanto para él como sus compañeros de exilio, esta “razón” constituía más una expectativa futura que una realidad tangible, pues el pueblo concreto, con su escasa capacidad de discernimiento, no fundamentaba ninguna esperanza inmediata para regenerar a la patria argentina. El *Dogma Socialista*, inspirado sobre todo en Leroux, vino después, y aspiraba a ocupar el vacío moral creado por los unitarios, quienes con su materialismo egoísta alejaron a las masas de la religión católica, procurando sembrar entre ellas un “criterio socialista” dirigido a compatibilizar la libertad con la igualdad.

Manuela (1858), del colombiano Eugenio Díaz Castro, y *El Monedero* (1861), del mexicano Nicolás Pizarro, recuperaron dentro de la narrativa literaria a un cristianismo comprometido con las causas sociales, en tanto que los médicos homeópatas Jules-Benoît Mure y Plotino Constantino Rhodakanaty difundieron el primer socialismo en Brasil y México, respectivamente; hombres carismáticos, además seguidores de Fourier. Sobre esta práctica terapéutica Madiedo escribió *Homeopatía: un eco de Hahnemann en los Andes* (1863).

22 Rudé, *Revolución popular y conciencia de clase*, p. 45.

La *Cartilla socialista, o sea el catecismo elemental de la escuela de Carlos Fourier: el falansterio* (1861), de Rhodakanaty, responsabilizó con éste a las instituciones humanas de los males sociales. Y, *La doctrina del pueblo* (1869), del boliviano Corral, coincidiría con la tesis municipalistas del médico griego y de los igualitarios chilenos, así como en que la sociedad debería fundarse en un contrato asociativo consentido por sus miembros, y ambos aceptarían con Bilbao el carácter inalienable de la soberanía popular como anticipó Rousseau²³. Bilbao y Rhodakanaty dieron gran importancia al financiamiento de las actividades productivas por parte del Estado a través del “crédito democrático”, como lo denominó el socialista chileno, mientras la Unión Industrial, de Derrion y Mure, recibió un préstamo del gobierno brasileño para hacer posible la instalación de los primeros colonos en el Falansterio de Saí.

El primer socialismo desembarcó en Brasil procedente de Francia. Ivone Gallo recrea el proyecto utópico de Jules-Benoît Mure y Michel-Marie Derrion auspiciado por el propio gobierno brasileño, ávido de atraer inmigrantes. De Lyon y París llegaron a Santa Catarina en 1842 colonos que optaron por la disidente Unión Armoniana en lugar de la Escuela Societaria acaudillada por Considerant. Muy pronto, sin embargo, se distanciaron Mure y Derrion, abandonando el primero la Colonia de Saí para fijar su residencia en Río de Janeiro donde fundó una escuela homeopática, un periódico de propaganda furierista y un círculo de discusiones científicas. Mure trató de conciliar los principios de la homeopatía con la noción de armonía, siendo precursor de la medicina social en su país adoptivo. Derrion, por su parte, trató de camuflar su credo sansimoniano en la empresa furierista, la cual también hubo de abandonar antes de un lustro. La naturaleza enteramente exógena del falansterio de Santa Catarina, la asemeja a la colonia La Logia fundada por el estadounidense Albert Kimsey Owen en Topolobampo cuarenta años después. Ambas favorecidas por gobiernos promotores de la colonización territorial, apoyadas por suscripciones en los países de origen de los fundadores también encargadas de reclutar a los contingentes de colonos, pronto divididas y no muy prósperas²⁴.

23 Schelchkov, *La utopía conservadora en Bolivia*, p. 163; Illades, *Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México*, p. 50.

24 Ortega Noriega, *El Edén subvertido*, pp. 124-125; Abramson, *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*, pp. 211-213.

Como tratan de mostrar estas páginas, la historia del socialismo en buena medida es una “historia del futuro”, un relato de los deseos, las expectativas y las opciones. No es sólo la acción presente o lo que ya pasó, sino de lo que nos gustaría que fuera o debería ser, por esto es entonces una historia del futuro, una utopía es una perspectiva histórica acerca de éste. Reflexionar en nuestro tiempo en torno al primer socialismo es oportuno porque constituyó una crítica frontal a la civilización industrial, actualmente en crisis. Si estamos en un orden donde aparentemente no hay alternativa, es importante tratar de entender cómo en el siglo XIX se concibió la posibilidad del cambio, por esto, también, permite pensar el presente. Intentamos, en suma, ofrecer una perspectiva compleja y comprensiva de la historia del primer socialismo en Europa y Latinoamérica, antecedente olvidado del feminismo, las comunas de la década del sesenta y los indignados de hoy.

BIBLIOGRAFÍA

- Abramson, Pierre-Luc, *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX* (México, FCE, 1999).
- Aleksandrovna Tvardovskaia, Velentina, *El populismo ruso*, traducción de Stella Mastrangelo (México, Siglo Veintiuno, 1978).
- Alpern Engel, Barbara y Clifford N. Rosenthal, comps, *Cinco mujeres contra el zar*, prólogo de Alix Kates Shulman, traducción de Graciela María Bardallo (México, Era, 1980).
- Aja, Eliseo, *Democracia y socialismo en el siglo XIX español. El pensamiento político de Fernando Garrido* (Madrid, Edicusa, 1976).
- Arendt, Hannah, *Sobre la revolución* (Madrid, Alianza, 2009).
- Arrom, Silvia Marina, "Protesta popular en la ciudad de México", en Arrom y Ortoll, coords., 2004, pp. 83-116.
- , "La política popular en las ciudades latinoamericanas antes de la era populista", en Arrom y Ortoll, coords., 2004, pp. 11-30.
- y Servando Ortoll, coords., *Revolución en las ciudades. Políticas populares en América Latina* (México, UAM/El Colegio de Sonora, 2004).
- Bénichou, Paul, *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica* (México, FCE, 1984).
- Berlin, Isaiah, *Karl Marx. Su vida y su entorno*, prólogo de Alan Ryan, traducción de Roberto Bixio (Madrid, Alianza, 2009).
- Cabral Chamorro, Antonio, *Socialismo utópico y revolución burguesa: el fourierismo gaditano, 1834-1848* (Cádiz, Diputación Provincial, 1990).
- Casanovas Codina, Joan, *¡O pan, o plomo! Los trabajadores urbanos y el colonialismo español en Cuba, 1850-1898*, prólogo de Nicolás Sánchez-Albornoz (Madrid, Siglo Veintiuno, 2000).
- Chambost, Anne-Sophie, *Proudhon. L'enfant terrible du socialismo* (París, Armand Colin, 2009).
- Cole, Geroge Douglas Howard, *Historia del pensamiento socialista*, 8 vols. (México, FCE, 1957).
- Cuvillier, Armand, *Proudhon*, 1934, 2ª ed. (México, FCE, 1986).
- Díez, Fernando, *El trabajo transfigurado. Los discursos del trabajo en la primera mitad del siglo XIX* (Valencia, PUV, 2006).
- Eley, Geoff, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000* (Barcelona, Crítica, 2003).
- Elorza, Antonio, comp., *El furierismo en España* (Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1975).
- Engels, Friedrich, *La situación de la clase obrera en Inglaterra según las observaciones del autor y fuentes autorizadas*, prólogo de Eric J. Hobsbawm (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974).

Fourier, Charles, *El nuevo mundo industrial y societario*, prólogo de Michel Butor, traducción de Aurelio Garzón del Camino (México, FCE, 1989).

Gerz Toso, Sergio, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile* (Santiago, Biblioteca Nacional de Chile, 1997).

Goethe, Johann Wolfgang von, *Las afinidades electivas*, edición, traducción e introducción de Manuel José González y Marisa Barreno (Madrid, Cátedra, 2000).

Heller, Agnes, *Teoría de la historia* (México, Fontamara, 1984).

Himmelfarb, Gertrude, *La idea de la pobreza. Inglaterra a principios de la era industrial* (México, FCE, 1988).

Hobsbawm, Eric J., *Revolucionarios. Estudios contemporáneos* (Barcelona, Ariel, 1978).

Hunt, Tristram, *El gentlemen comunista. La vida revolucionaria de Friedrich Engels* (Barcelona, Anagrama, 2011).

Illades, Carlos, *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal de la ciudad de México, 1853-1876* (México, El Colegio de México/UAM, 1996).

---, *Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México* (Barcelona, Anthropos/UAM, 2002).

--- y Mario Barbosa Cruz, coords., *Los trabajadores de la ciudad de México 1860-1950. Textos en homenaje a Clara Lida* (México, El Colegio de México/UAM, en prensa).

Ionescu, Ghita, *El pensamiento político de Saint-Simon* (México, FCE, 1983).

Jaksic, Iván y Eduardo Posada Carbó, eds., *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*, prólogo de Natalio R. Botana, epílogo de Frank. R Safford (Santiago de Chile, FCE, 2011).

Lida, Clara Eugenia, *Anarquismo y revolución en la España del XIX* (Madrid, Siglo Veintiuno, 1972).

Magraw, Roger, “The Second Republic and French ‘Republican Socialism’: 1848-1851”, en Thomson, ed., 2002, pp. 19-45.

Melgar Bao, Ricardo, *El movimiento obrero latinoamericano*, 2 vols. (México, CONACULTA/Alianza, 1988).

Maluquer de Motes, Jordi, *El socialismo en España, 1833-1868* (Barcelona, Crítica, 1977).

Marx, Karl y Friedrich Engels, *Manifiesto comunista*, introducción de Eric J. Hobsbawm (Barcelona, Crítica, 1998) [edición bilingüe].

Michelet, Jules, *El pueblo*, traducción Odile Guilpain (México, FCE, 2005).

Ortega Noriega, Sergio, *El Edén subvertido. La colonización de Topolobampo, 1886-1896* (México, INAH, 1978).

Pétre-Grenouilleau, Oliver, *Saint-Simon. L’utopie ou la raison en actes* (París, Payot, 2001).

Posada Carbó, “La tradición liberal colombiana del siglo XIX: de Francisco de Paula Santander a Carlos A. Torres”, en Jaksic y Posada Carbó, eds., 2011, pp. 153-175.

- Priestland, David, *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo* (Barcelona, Crítica, 2010).
- Quiroz Chueca, Francisco, *La protesta de los artesanos Lima-Callao 1858* (Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 1988).
- Rama, Carlos M., *Utopismo socialista, 1830-1893* (Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977).
- Rousseau, Jean-Jacques, *Julia, o la nueva Eloísa*, traducción de Pilar Ruiz Ortega (Madrid, Akal, 2007).
- Rudé, Georges, *Revolución popular y conciencia de clase*, traducción de Jordi Beltrán (Barcelona, Crítica, 1981).
- Santiago, Teresa, “Ciudadanos felices, la utopía social de Rousseau”, en Trueba Atienza, coord., 2011, pp. 229-254.
- Saville, John, “Introduction”, en Owen, 1972, pp. iii-xvii.
- Schelchkov, Andrey, *La utopía social conservadora en Bolivia: el gobierno de Manuel Isidoro Belzu 1848-1855* (Moscú, Academia de Ciencias de Rusia, 2007).
- Smith, Adam, *La teoría de los sentimientos morales*, edición, traducción y estudio preliminar de Carlos Rodríguez Braun (Madrid, Alianza, 2004).
- Sowell, David, *Artesanos y política en Bogotá, 1832-1919*, traducción de Isidro Vanegas (Bogotá, Pensamiento Crítico/Círculo de Lectura Alternativa, 2006).
- Stedman Jones, Gareth, *An end to poverty? A Historical Debate* (Nueva York, Columbia University Press, 2004).
- Taylor, Charles, *Imaginario social moderno* (Barcelona, Crítica, 2006).
- Teitelbaum, Vanesa, “Asociación y protesta de los artesanos al despuntar la década de 1860”, en Illades y Barbosa Cruz, coords., en prensa.
- Thomson, Guy, ed., *The European Revolutions of 1848 and the Americas* (Londres, Institute of Latin America Studies, 2002).
- Thompson, Edward Palmer, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 1977, 2ª ed., 2 vols., prólogo de Joseph Fontana (Barcelona, Crítica, 1989).
- Trueba Atienza, Carmen, coord., *La felicidad. Perspectivas antiguas, modernas y contemporáneas* (México, Siglo Veintiuno, 2011).
- Vernus, Michel, *Victor Considerant 1808-1893. Le coeur et la raison* (Dole, Canevas Editeur, 1993).
- Wilson, Edmund, *Hacia la estación de Finlandia. Ensayo sobre la forma de escribir y hacer historia* (Madrid, Alianza, 1972).
- Williams, Raymond, *Cultura y sociedad 1780-1950. De Coleridge a Orwell* (Buenos Aires, Nueva Visión, 2001).
- , *La larga revolución* (Buenos Aires, Nueva Visión, 2003).
- Woolf, Stuart, *Los pobres en la Europa moderna* (Barcelona, Crítica, 1989).

Zavala, Iris M., *Románticos y socialistas* (Madrid, Siglo Veintiuno, 1972).